

legio ha de entenderse la unanimidad grupal de cualidades y la diversa mezcla de éstas como si fueran cuentas de un ya viejo rosario evolutivo: talento claro, diáfana rectitud, patriotismo acendrado, palabra fácil, arte, y, sobre todo, corazón. Cosa rara ¿verdad? esa exquisita concordancia; porque si los buenos intelectos abundan, a los intelectuales buenos hay que andarlos buscando con lámpara de Diógenes en la región del ave Fénix.

Los cubanos, con lo que va dicho, ya deben de haber comprendido a qué familia me estoy refiriendo. Salta a la vista que hablo de los hermanos Carbonell. Porque así son ellos. Y hasta he sabido que de abolengo les viene. Me han contado cosas plausibles de sus progenitores, lo que ya es de presumirse, con mirarlos a ellos. De río claro, fuente pura.

Mirándolos de cerca, me confirman una sospecha de hace años: la de ser estos hermanos

Carbonell unos perfectos e incorregibles caballeros andantes. Y, al decirlo, pongo intención de gran elogio. Son pródigos en dar, cuanto avaros en pedir. Abren fácilmente brazos hospitalarios, y hacen de sus pechos cántaros ladeados sobre todo labio con sed. En cambio, pasan ellos por las ramas en que cuelgan los frutos a su alcance, y no se les ocurre alzar el brazo para colmar su morral. Sembradores de bienes, servidores de todos, cuando de cosechar se trata parecen ignorar totalmente el arte de los cosecheros. ¡Cómo será de rara y de bendita esa cualidad que engorda el alma, dejando escuálido el estómago, que a su divino padre Don Quijote, en vez de ser conducido al manicomio encadenado en ridículo, lo internaron, aureolado de gloria, en la Inmortalidad:

Mas hoy no es mi ánimo trataros sino de uno solo de los miembros de la ilustre familia Carbonell y de la obra por él

recién elaborada, que es la que en el encabezamiento de este artículo he calificado de milagro bibliográfico: Digo de José Manuel y de su libro *Evolución de la cultura cubana*.

Sabía yo, como lo sabe todo el mundo, que José Manuel Carbonell es un poeta, y un elocuente tribuno, y un crítico de fina mirada. Pero lo que de él no sabía es ese enorme dinamismo, esa acumulación de energía física y mental, ese vigor de voluntad, esa resistencia de cerebro, esos nervios de joven Hércules, eso que le ha permitido dotar a su ya opulenta patria de una obra colosal, constante de dieciocho volúmenes de formato mayor, y escrita y editada en el perentorio término — ¡fijaos bien en ello! — de apenas cinco meses... Casi a volumen por semana. Un prodigioso *tour de force*, más admirable todavía si se piensa en lo fácil con que se arman poetas y se consagran glorias en volúmenes de 30 páginas en que se insertan

tres sonetos y 27 hojas en blanco.

La *Evolución de la cultura cubana* comprende: 5 tomos dedicados a la Poesía Lírica, 1 a la Poesía Revolucionaria, 5 a la oratoria, 5 a los trabajos en prosa, 1 a los científicos y 1 a las varias manifestaciones artísticas.

Imaginad la suma de resistente esfuerzo que esa labor significa. ¡Cinco meses para recolectar, ordenar, planear, ejecutar y editar!

La simple *breve* reseña con que se inicia el primer tomo basta para colmar los cinco meses, ya que ella daría material, suficiente para un tomo en octavo de 300 páginas. Y si a ello se agregan los juicios y estudios que a cada autor preceden y las introducciones relativas a cada género, resulta que a lo inconmensurable del esfuerzo requerido por la gestación material, hay que sumar lo que el empuje intelectual significa en ese hombre tan bien

que me iba a poner a trabajar de veras, como un burro si era necesario, para desquitarnos de todo lo que habíamos perdido, sin volver a pensar en jugar, ni en gallos, ni en carreras.

—¿Te crés que m'he olvidar que te debo la vida?—le dije—porque si no sos vos, Contreras me achuraba!...

Pero el hombre propone y Dios dispone...

¡Bueno! ¿y qué hay con eso? Me parece que no hay que asustarse por tan poco... Yo no soy el primero que haya olvidado sus juramentos por seguir sus gustos. Ni el último, tampoco... Así es el hombre, caballeros, y hasta el más pintado, si no es un hipócrita, confesará que ha sabido olvidarse muchas veces de sus buenas intenciones, —de las que no había desembuchado por lo menos—para dar satisfacción a lo que le tiraba más.

Esto es sin vuelta. Lo que hay, es que algunos saben pararse a tiempo, o tienen maña o baquía para hacer lo que les da la gana, a lo mosca muerta, sin que nadie diga nada. ¡No, y de no!

Unos juegan y se maman en los clubs, sin dar que hablar, y pelean en los duelos, a vista y paciencia de los policianos, y hacen lo mismo que hice yo, y peor, que, como ellos lo hacen, no parece tan malo y nadie les saca el cuero...

En fin, ¡qué tanto servir a usted p'a decir cómo le va!—El caso es, que el drogus y la jugarreta, me volvieron a agarrar de lo lindo, y como, de sonso, sabía jugar bastante en

trinquis, todo el mundo me aprovechaba como a una criatura! Así se fué, detrás de la platita guardada, el campito de Carolina. ¡Pero qué agarrada la de ese día, santo Dios! La gringa, —¿querrán creer?—hasta me arañó la cara, que anduve una punta de días medio cebruno...

—¡Mirá, gringa!—le grité.— ¡No sabés lo que hacés! ¡El día menos pensado, ya verás!...

Le iba a soltar lo de que no estábamos casados, pero caí en la cuenta de que con la rabia era capaz de no firmar la escritura y hasta de echarme de la pulpería... y ¡como un poste!

—¡Si yo hubiera sabido!—gritaba la gringa.—¡Si yo hubiera sabido! *porca la...*

Y se agarraba de los pelos. Pero firmó...

¿A qué decirles que los pesos del Banco de Italia ya se habían ido por un camino? Quedaba la pulpería... pero casi tan pelada como la misma palma de la mano... ni un frasco, ni una pilcha. Yo me preguntaba muchas veces cómo se lo había llevado todo pateta, sin atinar con tanto bochinche, hasta que caí en la cuenta de que la Carolina, con sus lloriqueos y rabetas al botón, descuidaba el negocio y lo dejaba ir barranca abajo...

Entonces quise remediar yo solo las cosas, compré mucho al fiado, y principié a medio querer arreglar el boliche... Pero, la verdad: el ginebrón y las barajas, con la yapa de la taba y de los gallos, hicieron que de repente comenzaran a llover demandas y más demandas, toda una papelería. El alguacil no

hacía más que viajar del Pago a La Polvadera, como conchabado... Y no teníamos adonde buscar madre que nos envolviera ¡ni el zaino, que de la rodada quedó manco del encuentro!... Entonces me acordé de lo que sabía decir el viejo ño Cipriano:

—¿Ande irá el guay, que nu are! La desgracia me había perseguido siempre, ¿por qué me había de dejar entonces?

Carolina comprendió que estábamos más fregados que unos atorantes, que nos iban a vender la pulpería para cobrarse, que no nos quedaba ni un cobre, y un día, me armó una zafacoca. ¡Cristo santo! ¡ni me quiero acordar!... Cebada con lo de los arañones, hasta agarró un palo, y principió a darme de garrotazos... Como que estas son cruces! ¡Una paliza!... ¡A mí!...

Yo, ¡qué quieren!, pelé el cuchillo, naturalmente sin intención de lastimarla; y sólo cuando me vió con él en la mano, se me separó, pero saltándosele los ojos, y echando espuma por la boca. ¡Nunca la había visto tan rabiosa!... ¡Parecía una tigre!...

—¡Canalla! ¡Bandido! ¡Ladrón!... ¿De ese modo te acordás que me debés la vida? Devolveme mi plata, *birbante, canaglia*!

Y yo, ¿cómo iba a dejar que siguiera diciéndome esas cosas, y hasta zurrándome como a una criatura?

—¡Mirá, Carolina!—le dije sin soltar el cuchillo.—Yo ahora me mando a mudar y para siempre, ¿entendés? ¡Ya no te puedo aguantar más!

Se le cambió la cara, pero

todavía siguió gritando e insultándome.

—¡Qué! ¿Te pensas ir, Madona! ¡después de haberme dejado desnuda y en la calle, canalla, sinvergüenza, ladrón! Ah, no, *per Dio!* sos mi marido, y tenés que quedarte aquí, a *trabacar* como yo, *porca la...*

Yo me reía a carcajadas.

—¿Y quién te ha dicho que soy tu marido?—le dije.—¡Pues no hay tal! No sos más que mi querida.

—¡Mentís, canalla!

—¿Que es mentira? ¡Sí! andá, preguntásele al cura y verás...

—El cura Papagna...

—¡Qué! tu nápolis se ha ido hace un mes a *mangiar macaroni* en tu tierra... Andá, preguntásele al nuevo, si hay apunte de tu casamiento en la iglesia...

Me miraba con tamaño boca abierta, sin querer creer lo que decía... De repente, le pareció que debía ser cierto... Asustada, desesperada, loca, salió corriendo. Vi que se largaba a pie camino del Pago, en cabeza, con la ropa de entre casa... Seguro que iría a averiguar...

Yo saqué los pocos pesos que por casualidad había en el cajón, ensillé el maceta y si te he visto no me acuerdo! Agarré para otro lado, después de hacer pedazos el papel de Papagna, muy tranquilo y segurito de que no me iban a perseguir... ¡Qué! ¿y se afligen por tan poco?... Pero fijense, y verán que era muchísimo mejor para mí... y también para Carolina...

¿Que si tengo noticias? Sí. Ayer supe que estaba perfectamente: de enfermera en el hospital del Pago.